

África y la historia mundial: las dificultades historiográficas y didácticas de una adecuada contextualización.

Antonio Brusa

Università de Bari (Italia)

Luigi Cajani

Università «La Sapienza», Roma (Italia)

Resumen:

Este artículo indaga sobre de las dificultades existentes respecto de la introducción de la historia de África en la historia mundial por causa de la persistencia de estereotipos historiográficos y culturales muy enraizados. La investigación aborda parte de estos estereotipos confrontándolos con las aportaciones de la historiografía actual.

Palabras clave: Historia de África, historia mundial, estereotipos culturales, enseñanza de la historia.

Abstract:

This article investigates the difficulties inherent in placing the History of Africa into the History of the World owing to the persistence of deep-rooted historiographic and cultural stereotypes. The study deals with some of these stereotypes contrasting them with the contributions of today's historiography.

Key Words: History of Africa, history of the world, cultural stereotypes, history teaching.

(Fecha de recepción: marzo, 2005, y de aceptación: octubre, 2005)

1. La historia no empezó en Sumer

History begins at Sumer, así titulaba Samuel Noah Kramer, en 1959, un libro suyo sobre el pueblo sumerio (KRAMER, 1959), la primera sociedad urbana que dejó testimonios escritos. La escritura es, por supuesto, considerada el elemento que señala el paso desde la prehistoria a la historia, es el elemento que constituye la *civilidad*. Sin embargo, desde una perspectiva diferente, esta separación entre la prehistoria y la historia no existe, tal como no existen hombres prehistóricos y hombres civilizados, con o sin escritura, porque todas las sociedades humanas, en cada edad, tienen el mismo problema básico: sobrevivir y desarrollarse partiendo de necesidades comunes en los sitios que ocupan, sitios con diferentes características ecológicas. En una visión continua de la historia del género *Homo*, esta historia no empieza en Sumer, sino en África, donde aparecieron y convivieron durante mucho tiempo diferentes especies de homínidos, antes de iniciar una serie de migraciones que los llevaron a ocupar las otras áreas de la Tierra.

¿Cuáles son las consecuencias de este cambio de perspectiva en la investigación de una posible primacía histórica?

2. Los estereotipos cultos

La introducción de África en la historia mundial es una operación extremadamente problemática ya que tendría que implicar la entrada en crisis de uno de los estereotipos cultos más antiguos

y fuertes, el que divide la historia de la prehistoria. Estereotipos cultos, elaborados directamente en el laboratorio de las ciencias, y, por ello, más peligrosos y difíciles de descubrir que los producidos por la ignorancia, el racismo y por los usos políticos de la historia.

Este estereotipo temporal básico es el que separa la historia de la prehistoria, como si fueran momentos que pertenecen a sujetos humanos diferentes: aquellos que son dominados por la naturaleza y aquellos que logran dominarla; o mejor, los que controlan su futuro (los hombres de la historia) y los que viven sin poder ni preverlo ni modificarlo. Y aunque Marx ironizó sobre esta pretensión de sus contemporáneos, su ironía no consiguió ningún éxito entre la comunidad de los historiadores. Según esta perspectiva, la vicisitud africana del hombre pertenece completamente a la prehistoria y, como consecuencia, queda básicamente fuera del relato histórico.

A este estereotipo temporal corresponde otro espacial que supone que el objeto de la historia sean las vicisitudes de los pueblos evolucionados y nacionalizados, mientras que el resto de los pueblos son indagados por otras ciencias sociales como la antropología, la etnología, etc. Los primeros –los civilizados– producen vicisitudes que se acumulan y generan cambios y progreso; los segundos, al contrario, producen solamente hechos cotidianos que se repiten infinitamente a lo largo de milenios. Por ello, las cuestiones africanas pertenecen por derecho a los libros de antropología,

de viajes, de descripción de tradiciones; pero en los libros de historia sólo pueden aspirar a algunas paginas de gran colorido o de consternación acerca del triste destino de este continente.

Estos estereotipos cultos, ambos del Siglo XVIII –como dice también I. Wallerstein (1995)–, están estrictamente relacionados con la fundación científica de las disciplinas humanísticas y con su enseñanza. Están, por ello, relacionados con el funcionamiento de las instituciones, científicas y escolares, y penetran en la formación tanto de la intelectualidad como de las personas comunes.

Cabe, por tanto, prestar atención a esta situación y permanecer en alerta: no se puede integrar a África en la historia mundial incluyendo simplemente unos trozos de su historia o anidando historias a la narración de las vicisitudes humanas, a las que estamos ya acostumbrados. Al contrario, África obliga a discutir los lugares comunes, las tradiciones establecidas y las maneras consolidadas de ver el mundo, que se han generado en los últimos dos siglos en el medio científico y, desde allí, por varias rutas de divulgación, han penetrado en la cultura cotidiana. Formas de ver que, como remarcaremos, se desplazan continuamente dentro de América, Europa y África, que experimentan reinterpretaciones cambiantes, ya que son utilizadas unas veces como pruebas de visiones eurocéntricas y otras como argumentos en favor de especulares racimos afrocentrados.

3. *Las insidias de Eva*

El proceso de hominización comienza en África. Este inicio de la historia humana, totalmente herético si hubiese sido pensado en el siglo XVIII, comenzó su camino lentamente y con dificultad, a partir de 1924, cuando fueron descubiertos los primeros signos indudables de ancestros humanos en el continente africano. Finalmente, en los últimos treinta años del pasado siglo, se ha convertido en una incontestable certeza: en paralelo, siendo esto reseñable, con la difusión del proceso de descolonización. Con el fin del siglo XIX, y aún más posteriormente, cuando la genética se ha revelado como una cantera prometedora también para la historia, se ha convertido en algo ampliamente conocido y divulgado: *Eva nació en África*, se lee en muchos de los títulos de numerosísimos artículos científicos y de divulgación. El estudio del ADN mitocondrial abrió el camino, localizándose en un momento entre cien o doscientos mil años atrás el nacimiento del *Homo Sapiens* moderno, la especie a la cual pertenecemos. Las investigaciones sobre el cromosoma Y, el masculino, han confirmado rápida y perfectamente la hipótesis, asegurando el hecho de que también Adán fue africano.

Sobre la base de este descubrimiento y de la nueva opinión pública generada se han formado dos puntos de vista diametralmente opuestos, que muestran de alguna manera como los descubrimientos científicos se construyen con una velocidad sorprendente respecto a pasados discursos políticos e ideológicos.

En realidad, afirmar que la primera pareja humana es africana y que de ella deriva toda la humanidad (punto de vista afrocéntrico), puede llevarnos a la consecuencia de que África, cuna de la Humanidad, tendría el derecho al rango más alto en el conjunto de los pueblos modernos. Pero es posible también un punto de vista opuesto, que podríamos llamar paraevolucionista: estar al inicio de la línea evolutiva significaría también (en una visión eurocéntrica o al menos antiafricana) ser el más rezagado de los sucesores, portando consigo aquellos defectos que la evolución ha ido corrigiendo en el tiempo.

Ya en los años setenta, un gran paleoantropólogo francés, André Le Roi Gourhan, había comenzado su principal trabajo *–El gesto y la palabra–* con un paso ejemplar sobre la construcción mítica del antepasado del hombre, en particular sobre los simios, que precisamente se entiende que son, en la línea evolucionista, los generadores de la especie humana, lo cual se podía interpretar de una doble manera: como la demostración de la inteligencia animal (ya que es similar a la humana) o como espejo deformante de la humanidad, en modo de prototipo no acabado de la perfección humana (LE ROI GOURHAN, 1977).

Agnes Laine nos da la solución al dilema de Eva, muy precisa en su simplicidad, respecto a la opuesta línea de pensamiento: si se afirma que una mujer en concreto se encuentra en el origen de todas las ramificaciones a lo largo de las cuales se ha desarrollado la especie humana, se afirma contextualmente que

todas estas ramificaciones son igualmente antiguas. Decir que los africanos actuales son los descendientes directos de aquella pareja, a diferencia del resto de los humanos, que serían descendientes más o menos indirectos, es incluir un corolario que la ciencia niega determinadamente: significaría que las poblaciones que hoy ocupan una porción determinada de la tierra (África en este caso) son idénticas a las que ocupaban tal porción hace cien o doscientos mil años. Significaría, en pocas palabras, negar la historia, con sus cambios, sus revoluciones, sus mezclas y rupturas. Todos los descendientes de Eva se han transformado, dentro y fuera del continente africano. No existen, por tanto, grupos humanos “testigos de la prehistoria” o grupos que en un modo mayor que el resto posean rasgos del pasado, sino que todos los grupos humanos modernos portan, en su código genético, así como en su cultura, recuerdos y restos de aquella situación originaria (LAINE, 2000).

El problema central de una historia mundial es precisamente este: ¿es posible reconstruir aquellos momentos menospreciando los orígenes africanos? Sin embargo, lo contrario también es cierto, ya que es limitante, sin duda, contar la primera parte de la historia del mundo usando sólo materiales africanos.

4.- ¿Advertencias prehistóricas o no?

La Eva africana es sólo un ejemplo concreto de la dificultad que la historia africana pone a la *Historia*. Nos advier-

te de que nos encontramos en un territorio minado a través de dos siglos de intenciones buenas y malas, ideologías, discursos políticos, prácticas de servilismo y de liberación. Los errores aparecen donde menos lo esperamos, ya que

son hijos de estereotipos antiguos y, por tanto, hoy en día inconscientes, o son causados por el deseo de resarcir decenas de malas consciencias. Aquí están, en mi opinión, los principales:

Estereotipos y visiones erróneas	Posiciones científicas actuales
<p><i>Evolución lineal:</i> Todos los tipos de humanos se sitúan en una línea sucesiva, desde los más ancestrales a aquellos bípedos ya más inteligentes. Están todos extintos y esta es la marca de su falta de éxito evolutivo, a diferencia del Homo sapiens moderno.</p>	<p><i>Cladogénesis y evolución de cespéd</i> Los diversos tipos de humanos se suceden, se superponen, son contemporáneos. Tienen todas características propias, que son difíciles de situar progresivamente, casi han descrito una trayectoria en continuo perfeccionamiento. Su éxito está determinado por el tiempo de supervivencia que puede superar el millón de años. Como consecuencia, debemos admitir que el Australopithecus africanus tuvo un éxito enorme, que nosotros, los humanos modernos, todavía debemos demostrar.</p>
<p><i>East Side Story:</i> Con este título viene designado, de manera un tanto irónica, la teoría que desea que los hechos más importantes de la evolución han ocurrido (sólo) a lo largo del Valle del Rift, en la zona oriental africana.</p>	<p><i>La selección de las fuentes:</i> El principio fundamental de la historia vale también para la prehistoria. En el Valle del Rift se concentran las condiciones óptimas para la conservación de los restos antiquísimos. En otras regiones (africanas o no) la humedad y la acidez del suelo, el arbolado y otros agentes han destruido los restos humanos.</p>
<p>El mito del origen: África es la primera en el proceso de la hominización. Pero ¿también es la primera en la invención del fuego, en el corte de las bifaces, en el descubrimiento de la pintura, de la lengua hablada? Cada una de estas preguntas revela a un pretendiente (España, Oriente Próximo, Australia, etc.) y, consecuentemente, un lugar en la historia mundial (en este tipo de cosas parece que Marc Bloch haya predicado en vano).</p>	<p><i>La complejidad de los procesos históricos:</i> No existen descubrimientos, sino complejas construcciones culturales, que ahora vienen adquiridas, luego dejadas de lado, imitadas, perfeccionadas, readaptadas. Lo que nosotros llamamos “descubrimiento” nos lleva al final de una serie infinita de sucesos, y solo por un defecto de perspectiva histórica nos parece un hecho, más que el conjunto de mil historias.</p>
<p><i>La evolución humana ha terminado:</i> La sucesión de los “prehumanos” lleva a la formación de los hombres y, por tanto, a nosotros. Nosotros somos diferentes de nuestros antepasados y, por ello, anillos de conjunción-separación entre los hombres y los animales. No evolucionamos más: nosotros hacemos historia. En el límite, las condiciones futuras pondrán las bases para una nueva especie (aunque este aspecto es objeto de divagaciones más bien propias de la ciencia ficción).</p>	<p><i>La evolución humana continúa:</i> La especificidad de los homínidos es su capacidad de adaptarse, de modificarse, es decir, respecto a sí mismos, al ambiente circundante, a sus semejantes. A diferencia de los animales, los humanos cambian a continuación (y, por tanto, a veces funcionan y a veces no). Por ello, la humanidad actual vive una fase acentuada y quizás paradójica del proceso de hominización: ya que nosotros estamos modificándonos, respecto a nosotros mismos, a los otros y al ambiente. Y ello no es simplemente una sucesión occidental y moderna de los antiguos hechos africanos, ya que los africanos modernos se modifican exactamente como los otros humanos y, igual que el resto, participan de un idéntico proceso evolutivo.</p>

Todos somos víctimas de estos errores, africanos o no, que pueden generar planteamientos históricos expuestos a tensiones ideológicas, ya que contribuyen al presupuesto de separar África del resto del mundo, de no considerarla como una pieza integrante y necesaria del archivo de los hechos humanos. Estos errores colocan a África en una situación excepcional, y fácilmente se prestan tanto al afro- como al euro-centrismo.

5. Los estereotipos no tienen fin

Un curioso pretexto, nacido de un humanismo excesivamente correcto políticamente, es que sólo los occidentales han generado estereotipos históricos. Esta convicción nace de la ignorancia del hecho de que, al menos a partir del fin del siglo XVII, hay africanos que han estudiado historia y han expresado opiniones rigurosamente (¿y por qué no?) autoreferenciadas y autocentrantes. Se ignora que en África se han desarrollado activas y frenéticas políticas de construcción nacional, las mismas que en el siglo XIX han conducido a la formación del canon histórico europeo. Se ignora que en los Estados Unidos los *lobbies* afroamericanos han promocionado departamentos universitarios, cursos y libros que cambian mecánicamente el presupuesto eurocéntrico orientándolo hacia África.

En el mundo actual, por tanto, es posible cometer el error de pensar que África, y no solo Europa, es el centro del mundo. Y teniendo en cuenta lo difícil que es poner hoy en día algún límite a la circulación de las ideas, y teniendo tam-

bién como probable que los nuevos estereotipos conviven en la circulación cultural planetaria, en paralelo a los viejos, de factura europea, es necesario afinar nuestra capacidad de estar en guardia.

Los nombres de algunos estudiosos -Anta Diop (1979), Bernal (1987), Van Sertima (1992), Obenga (1992)- han superado el umbral del africanista, ya que han sido señalados como los autores de una especie de reordenación de la historia mundial, en la que todo parece provenir de África, y que se proponen como los promotores de un nuevo *mythomoteur*, en el cual egipcios, bantús, nobles guerreros y fastuosos reinos desarrollan el mismo papel que, en el pasado europeo, han desarrollado romanos, celtas, indoeuropeos y otros heroicos fundadores de las naciones.

Es posible que, de esta manera, intentando corregir un indudable eurocentrismo y dando algún mérito a los africanos, se tomen por buenas noticias lo que en realidad comparte los mismos vicios de origen que la historia mundial del siglo XVIII y, cogidos entre dos fuegos, sea una auténtica empresa la de buscar un camino seguro, lo más libre posible de prejuicios.

Experimentemos tal aspereza, sirviéndonos del trabajo de Mary Lefkowitz, una estudiosa americana que ha hecho un buen papel criticando las tesis extremas de Martin Bernal (en su famoso y muy discutido discurso *Black Athena*), y que ha producido un esquema comparativo entre las dos líneas, la eurocéntrica y la afrocéntrica. He aquí un resumen (LEFTKOWITZ,2000):

	Afrocentrismo	Eurocentrismo
Prehistoria	De África provienen todas las civilizaciones. La lengua y la cultura se difundieron desde Egipto hacia África. Los egipcios han inventado todas las ciencias y artes.	Desde África provienen, en sucesivas migraciones, todos los humanos. Egipto conoce una gran cultura en el III Milenio a.C.
II Milenio a.C.	Desde Egipto, la lengua y la cultura pasaron a Grecia. Esto sucede en los tiempos de los invasores hicsos, cuando los egipcios se adueñaron de todo el oriente próximo y ocuparon Grecia.	Bajo la hegemonía del faraón semita Hyksos, los egipcios mantuvieron comercio e intercambios culturales con todo el oriente próximo y, entre otros, con Grecia.
I Milenio a.C.	Muchos griegos famosos (de Homero a Pitágoras o Heródoto) tomaron de los egipcios las artes por las que se hicieron famosos. Aristóteles robó de los libros antiguos de Alejandría y los tomó como propios. Cleopatra tenía antepasados africanos.	Los griegos establecieron relaciones comerciales con los egipcios y, en muchos casos, fueron utilizados como soldados mercenarios. Algunos de ellos, seguramente, visitaron Egipto. Pero la producción cultural griega es original, y empieza en las ciudades griegas Jónicas.

Mary Leftkowitz hace bien en mostrar la falacia de la reconstrucción afrocentrica y la mayor correspondencia a los hechos de la eurocentrica. Nos deja también dos observaciones importantes. La primera es que el afrocentrismo no hace otra cosa que adaptar a si mismo la secuencia de los hechos de la historia eurocentrica (sobre todo en una obsoleta versión del siglo XIX). La segunda es que, de todas maneras, la versión afrocentrica revela una necesidad que no se puede olvidar: la de estar presente en la “historia que todos estudian y conocen”. Y no se puede negar que, en la historia contada en occidente, África no está presente.

Este razonamiento, sin embargo, nos da la posibilidad de otras reflexiones. En primer lugar, nos hace observar como los estudiosos africanos repiten exactamente la secuencia de los hechos que llevaron a la formación del canon

eurocentrico. En el siglo XIX, Francia había construido su genealogía histórica partiendo de Roma; Alemania, que después de la dominación napoleónica no podía aceptar una genealogía francesa, elige la genealogía griega, afirmando que de ésta procede la historia romana. Se ha creado, de esta manera, la secuencia: Grecia – Roma – medioevo, que ha constituido la base de la historia escolástica europea.

Los afrocentristas parecen razonar de la misma manera que los alemanes de hace dos siglos: dado que Grecia es el centro indudable de la civilización, ésta debe referenciarse a Egipto, que se convierte en el origen de todas las civilizaciones.

La segunda reflexión que se debe hacer es que hay una especie de obsesión por el concepto de civilización. Se trata de una posterior inversión de un modo de pensar europeo, y precisamen-

te del conocido intento de justificar el colonialismo, presentándolo como instrumento de expansión de la civilización (como se observa, estamos siempre discutiendo sobre la diferenciación respecto de la historia y de la antropología que vimos anteriormente). Los pueblos africanos, por tanto, no vienen incluidos en una historia sino en una civilización. Entonces el ser origen de una civilización, desde su punto de vista, es colocarse también en el origen de la historia: No basta, consecuentemente, afirmar que Eva es africana (y colocarse en el origen biológico de la humanidad); es necesario también dominar la fuente de una civilización.

De estas dos reflexiones podemos sintetizar el relato histórico con base afro céntrica: Al inicio la humanidad vivía sólo en África; desde África tuvo una difusión al resto del mundo (y hasta este punto ni siquiera el cuchillo de Mary Leftkowitz puede objetar nada); en un lugar de África, Egipto, se forma la civilización y ésta se difunde en dos direcciones: hacia el Sur, el continente africano, a través de las difusiones culturales y, sobre todo, a través de las migraciones bantúes; hacia el Norte, a través de la mediación-robo de los griegos.

6. *¿Egipto es África, Europa o es algo más?*

Dentro de esta reconstrucción histórica no se debe dejar a un lado la operación de inclusión de Egipto en África. Esta operación, para poder ser

realizada, debe superar dos obstáculos geográficos, ambos decisivos para la historia mundial y africana. Veámoslos por separado. Desde el punto de vista geográfico, sabemos que África es un escudo compacto de tierra emersa (en realidad era el centro exacto de la antigua Pangea: una primera e incontestable centralidad mundial). Este escudo es tan compacto que la presión del magma terrestre lo eleva y lo convierte en un altiplano continuo (la placa africana es la más alta, a pesar de que África no tenga grandes cadenas montañosas, como Asia y América). Esta plataforma inmensa está surcada por dos fracturas: dos eventos geográficos muy importantes para la historia de la humanidad y de África.

La fractura más celebre es la del valle del Rift, que, desde hace ocho millones de años, surca verticalmente la parte oriental del continente y ha creado –según la teoría actualmente aceptada– las condiciones ecológicas ideales para la proliferación de los homínido.

La segunda fractura, menos conocida pero igualmente decisiva, no es de origen volcánico tectónico. Está constituida, sin embargo, por la cuenca hidrográfica quizás más extensa de la tierra. Esta cuenca reunía toda la lluvia que caía en el África ecuatorial y la que caía sobre las cadenas montañosas que, en aquel tiempo, cerraban al continente africano en la zona del Mar Rojo: aguas que, actualmente, se reparten entre las cuencas del Congo, del Níger y del Nilo. Hace unos 40 millones de años un número no identificado de ríos enor-

mes confluían llevando desde el Este al Oeste una cantidad infinita de agua, que desembocaba en la costa occidental del África. Con la formación del Nilo (aproximadamente hace una decena de millones de años), se resta a esta cuenca una cuota hídrica considerable (aquella de los actuales grandes lagos y de los altiplanos etíopes, que, desde entonces, desembocan en el Mar Mediterráneo). Sucesivas modificaciones climáticas empobrecieron inevitablemente esta cuenca primordial, hasta que se secó y se convirtió en el actual Sahara. Ahora sus profundos valles son visibles desde satélites, sepultados bajo las ardientes arenas del desierto, mientras que en su interior se han conservado inmensas reservas de agua fósil, residuo de los antiguos ríos.

Esta larguísima cuestión geológica remarca con fuerza el hecho de que las tierras del Norte de África, aunque pertenecientes morfológicamente al continente africano, fueron separadas durante decenas de millones de años (primero por ríos impetuosos y luego por desiertos) del centro y del Sur del continente. Y es justo en esta parte de África donde se sitúa Egipto.

No hay nada excepcional en ello: todos los continentes (quizás excluyendo sólo a Australia) están subdivididos en áreas que, durante largos periodos de tiempo, estuvieron aisladas y que, como consecuencia, han dado lugar a historias paralelas y, desde distintos puntos de vista, independientes. En un caso, el de Asia, la separación es tan neta que no es concebible una “historia de Asia” o un

asianeidad. Esto también es verificable en las Américas (no por casualidad en plural) y también se ha verificado para todas las regiones que se han constituido en Europa y que, lentamente, se han integrado bien por procesos históricos o bien, a falta de éstos, por operaciones historiográficas que han retrasado en el tiempo uniones a veces muy recientes.

El modelo base africano expresa este deseo: el de constituir una patria única e indudable de una identidad abstracta, la *negritud* (VILLASANTE CERVELLO, 2003). El hecho de que este proyecto cultural se esté realizando frente a nuestros ojos lo hace más explícito y nos parece clara la falta de correspondencia entre los hechos y el proceso imaginativo. Nuestro problema (como intelectuales europeos y consecuentemente también de los intelectuales africanos) es que el deseo europeo se ha realizado historiográficamente hace un par de siglos. Por ello no percibimos la relativa adhesión a los hechos, tal como se desarrollaron (es pertinente recordar en estas polémicas el eslogan fundamental del positivismo rankiano: relatar los hechos tal como sucedieron: “*wie es eigentlich gewesen*”). Es curioso ver la particularidad que nosotros europeos (o nosotros los historiadores occidentales) mientras criticamos –y lo hacemos con indudable pertinencia– la confusión entre historia y mito poesías, en el caso de África, tendemos a caer en la misma confusión, sólo porque fue realizada en Europa hace dos siglos.

En realidad, siempre en referencia al siglo XVIII europeo, la secuencia “Gre-

cia-Roma-medioevo” fue completada con la inserción de las dos áreas de civilización del Oriente Próximo: Mesopotamia y Egipto, casi consideradas como anteriores y necesarias para la civilización Greco-Romana.

Además, tales áreas formaban parte de un sistema que no tenía mucho que ver con Europa. O mejor dicho, este sistema consideraba a Europa, así como a África y al Asia Interior, con el desprecio que las civilizaciones centrales reservan a las periféricas, de las que tomaban esclavos y materias primas. Este sistema regía también, con vínculos económicos, culturales y, en ocasiones, políticos y militares, las civilizaciones fluviales del Nilo, Mesopotamia y del valle del Indo: se extendía, por tanto, desde el Norte de África Oriental a la península Indica.

Fue un sistema que tuvo muchos interlocutores asimétricos, en los tres continentes, y cuya herencia fue recogida por muchos a lo largo de los milenios: romanos, persas, árabes, turcos, indios y otros.

Europa se proclama descendiente de aquella área de civilización: el que posea tales características y elementos ha sido demostrado por una infinita cantidad de estudios. Pero no es la única heredera: esta pretensión no se corresponde a un hecho. También otros pueblos y civilizaciones han bebido de esas fuentes antiguas, y también ellos tienen idéntico derecho a proclamarse herederos. Se sostiene en Europa que, dado que en aquella área se formaron las religiones cristiana y hebrea, ello

es suficiente para afirmar la plena identidad europea. Pero se olvida, al mismo tiempo, subrayar que en la misma área nacieron o nacerán el islamismo, mazdeísmo, hinduismo y budismo. ¿Por qué no considerar como posibles filones de estudio aquellos que indaguen las relaciones binarias (que son las que se establecen siempre entre regiones distintas, a pesar de que el desarrollo sea desigual) entre el Oriente Próximo y África?

¿ Por qué construir una tradición identitaria regional, sustrayendo de la historia mundial aquello que le es propio?

En este intento, la operación afrocéntrica se equivoca, exactamente igual que la eurocentrista.

Una secuencia más correcta, por tanto, podría ser la siguiente:

1. Del continente africano partieron en varias ocasiones, y en tiempos muy distantes entre si, los diversos tipos de homínido (del *Homo habilis* y *H. erectus* al *H. sapiens* moderno). Estos homínido poblaron la tierra y, en sus complejos intercambios y en su continua adaptación a los diversos cambios terrestres (y no sólo en los ambientes africanos), produjeron el aspecto actual de la humanidad.
2. En varias partes del mundo, en ocasiones de manera independiente, en ocasiones por inducción, se formaron sociedades fundadas en la agricultura y en la ganadería. También en esta fase, África participa como uno de los muchos escenarios en los que se domesticaron animales y plantas.

3.- En una precisa falla intercontinental, constituida por la llanuras fluviales del Nilo, mesopotámicas, del Indo (y deberíamos también incluir las del Amu y Sir Daria) se forma un sistema de sociedades urbanas comunicadas recíprocamente. Un fenómeno similar se desarrolló (no sabemos si con alguna relación con el área que indicamos anteriormente) en la China de Huang He y, de un modo totalmente independiente y distinto, en América Meridional (Caral floreció entre el 2600 y el 2000 a.C.). El sistema de las áreas urbanas constituye un mundo y establece, por primera vez sobre el planeta Tierra, una relación que hoy conocemos como relación desigual (el Norte y el Sur). Hace cuatro o cinco miles de años hubo un centro del mundo, rodeado de una periferia subalterna, en términos económicos o militares, tecnológicos y de producción cultural.

4. De aquella área de civilización se desarrollaron otras, en distintas direcciones, hacia Europa, hacia Asia y África, más o menos independientes de aquella, o más o menos heredadas de las conquistas del antiguo Oriente Próximo (naturalmente no estamos hablando de lo que sucedió en otras partes del mundo, en correspondencia con los centros neolíticos de China y América).

¿Y Egipto? Las dos líneas, la eurocéntrica y la afrocéntrica olvidan que éste tuvo una historia propia, que continuó después del supuesto paso de tes-

tigo a los presuntos herederos. En efecto, ambas intentan evitar el subrayar que su periodo de máximo esplendor, al menos en lo que se refiere a la historia antigua, sucedió exactamente al mismo tiempo que los despreciados Ptolomeos (BOWMAN, 1988). Por otra parte, refiriéndose a Cleopatra, además de la tradicional duda acerca de la longitud de su nariz, los recientes cambios historiográficos han incluido una duda más adecuada a la actual discusión: su piel ¿era negra o blanca? (LEFTKWOWITZ, 1997, pp. 26-43).

7. Historia de excepcionalidades o historia de la humanidad normal

Quizás el prejuicio más profundo, más oculto, que tiene que ser combatido a la hora de reconstruir la historia de la humanidad es aquel de prestar atención sólo a las situaciones excepcionales, a las rupturas, a las particularidades, a las primacías. Esto está ligado al enraizado y difuso etnocentrismo que lleva a la reivindicación de una “historia propia”, de alguna manera excepcional, a través de la invención de identidades colectivas, nacionales, desde hace mucho tiempo. Habitualmente buscando en la actualidad un fútil resarcimiento de injusticias debidas al pasado.

En contraposición se debería presentar una historia que prestase atención no sólo a los actores, es decir, a las sociedades individuales conocidas, sino también a los sistemas de relación de los que éstas han formado parte, y

que viese como participantes de la historia a todas las sociedades humanas, con diversos papeles, en función de las épocas, y que esta diversidad de papeles implicase diferencias de valores en un proceso de civilización. Por ello es importante describir como todos hoy descendemos de cruces y sistemas que se han desarrollado en distintas escalas, desde aquellas regionales hasta las intercontinentales, en muchas ocasiones de manera asimétrica.

8. *¿África o Afrechas?*

Mientras que el concepto de continente evoca una sustancial unidad, los historiadores observan en África zonas caracterizadas por diferencias profundas, donde la ecología se une a la geopolítica. El primer elemento que golpea a quien observa un mapa de África es la presencia del Sahara, una zona sobre la que el clima ha pasado repetidamente de seco a húmedo, en función de las glaciaciones y que, a partir del inicio del segundo milenio a.C, entró en la fase de aridez que continúa hoy en día. Este desierto ha formado una barrera que separa la estrecha banda de la costa mediterránea africana del resto del continente, que no por casualidad es denominado África Subsahariana. Estas dos Áfricas han tenido substancialmente un desarrollo por separado. Aunque nunca ha faltado el tráfico transahariano, que en ciertos periodos incluso ha sido muy importante, como por ejemplo en lo que se refiere al oro en el bajo medioevo europeo, esta barrera ecológi-

ca ha impedido la penetración militar y la constitución de estructuras estables de control geopolítico: Alejandro Magno, los cartagineses, los romanos, los árabes se pararon en las costas del Mediterráneo sin penetrar a fondo hasta el sur. Es cierto que ha existido una influencia marroquí sobre Malí y una influencia egipcia sobre Nubia, aunque se ha tratado de fases poco duraderas.

El África mediterránea durante siglos se ha mantenido ligada económica y políticamente a la orilla septentrional del mar interior al que se asoma. Esta relación fue muy estrecha gracias a la expansión de Roma, y progresivamente se debilitó después del fin del imperio romano de occidente, hasta que, con la expansión árabe, las dos áreas permanecieron políticamente separadas y culturalmente diversas.

En realidad, la penetración árabe-islámica en la península ibérica, a pesar de su larga duración, fue anulada definitivamente por la *reconquista* y, en sentido contrario, la penetración colonial europea de los siglos XVIII y XIX no alteró esta diversidad. Al otro lado del Sahara, los imperios de Sudán, Malí, Ghana, Songhai, Kanem-Bornu, nunca se han extendido hacia el Mediterráneo. E igualmente el fenómeno más importante de difusión étnica y cultural del África Subsahariana, la bantú, que, partiendo de la región del Golfo de Guinea, se extendió hacia el sur y el este, pero no hacia el norte. El África Subsahariana está hoy habitada (a parte de los Khoi-San) por poblaciones negras caracterizadas por una

significativa homogeneidad genética y por la pertenencia a un gran subgrupo lingüístico, el bantú, precisamente. (CAVALLI-SFORZA, MENOZZI, PIAZZA, 1997, pp. 293-365).

El ritmo de los procesos de neolitización han sido muy diversos entre el norte y sur del Sahara. Se puede, por tanto, hablar de dos Áfricas. O puede que tres, considerando como una zona por sí misma África Oriental, a lo largo del Mar Rojo, perteneciente lingüísticamente al grupo Nilo-Sahariano. Esta zona ha estado caracterizada por intensas relaciones con el Egipto faraónico, que durante un pequeño periodo también fue dominado políticamente por el reino de Napata, y con la próspera península arábiga. Otra vez más, Egipto se encuentra en una posición de pivote.

9. Oro y esclavos

Prosigamos individualizando, después de la fase inicial del proceso de humanización, las fases cruciales de la relación entre África y el resto del mundo.

En general, una característica importante del África Subsahariana es la falta de una expansión militar, comercial y demográfica autónoma hacia el exterior, bien por mar o bien por el mar de arena sahariano. Los contactos comerciales han sido normalmente gestionados por otros: por los árabes, que gestionaron también un importante tráfico de esclavos, por los europeos y también, en una menor medida, por los indios y chinos, que tocaron las costas del océano Índico.

En el gran Zimbabwe se juntaron, a lo largo del medioevo, productos manufacturados chinos y persas, y el almirante chino Zheng He, al inicio del siglo XV, en uno de sus viajes, desembarcó en las costas de la actual Somalia. También el África Oriental permanece abierta a la influencia exterior, sin influenciar a su vez, sin embargo, a Arabia. En el periodo que en la visión europea de la historia es llamado Antigüedad, la historia del África mediterránea estuvo estrechamente ligada a la de la Europa meridional y a la del Oriente Próximo. El África Subsahariana, sin embargo, tuvo poco contacto con el exterior, a través del Sahara y del Mar Rojo. Quizás el episodio más significativo de esta fase es la colonización de Madagascar por parte de navegantes provenientes de Indonesia, en los primeros siglos de la era cristiana. Esta colonización forma parte de un vastísimo y lento proceso migratorio que, partiendo de aquella parte del Asia, incidió sobre todo las islas del Pacífico. Esta rama occidental de la migración australonesiana tuvo, a pesar de ser menor que la oriental, una gran importancia para la historia demográfica de África, porque determinó la introducción de muchas plantas alimenticias de origen asiático y, en particular, del plátano y del arroz en el África meridional.

Con el fin de la Antigüedad se abre una nueva fase, la época del oro africano. Se estima que, como mínimo, dos tercios del oro que circulaba en Europa y en África hasta la mitad del siglo XVI provenía de la zona del Sahel, donde se

formaron Estados vastos y florecientes. Cuando en el 1324 el emperador de Malí, Mansa Musa, se fue en peregrinación a La Meca se llevó consigo tanto oro que provocó la devaluación de la moneda egipcia. Otro oro, producido en el Gran Zimbabwe, partía de Sofala, en el Océano Indico. África, las tres Áfricas, a través de varios caminos fueron, por tanto, incluidas plenamente en el gran sistema económico que tiene su centro en el Océano Indico y que reunía a Asia, África y Europa (CURTIN 1988; ABULUGHOD 1989). El oro, sin embargo, no era la única mercancía africana que circulaba en el mercado internacional: también estaban los esclavos, cuyo comercio estaba gestionado casi exclusivamente por los árabes.

Con la expansión europea este contexto cambió profundamente y tuvo inicio una nueva fase de las relaciones

entre África y el resto de mundo. Los europeos penetraron violentamente en el sistema económico del Océano Indico y, al cabo de dos siglos, lo revolucionaron profundamente, reemplazando a los árabes, y al resto de los negociantes, de las posiciones que detentaban desde hacía siglos. Nació y se desarrollaba un nuevo sistema económico, la economía mundial europea, ligada a la conquista de las Américas y al control de una fuente ingentísima de oro y de plata. Los europeos, por otra parte, desplazaron parcialmente a los árabes en la gestión del tráfico de los esclavos. Muchos historiadores se han empeñado en la difícil labor de reconstruir la dimensión cuantitativa de este tráfico. Los datos de la siguiente tabla (FERRO, 2003, p.107) no pueden ser considerados más que como indicaciones mínimas:

La trata de esclavos

Exportadores	Siglo XVI	Siglo XVII	Siglo XVIII	Siglo XIX	Total
Árabes	900.000	700.000	700.000	1.800.000	4.100.000
Europeos	900.000	1.800.000	6.100.000	3.300.000	13.200.000

Un aspecto significativo de este comercio trasatlántico de esclavos, obra de los europeos, es que ha llevado al establecimiento de grandes masas de poblaciones negras subsaharianas en las Américas, con consecuencias sociales y culturales permanentes. Por tanto es necesario considerar esta África fuera de África como uno de los momentos fundamentales de la interacción entre

África y el resto del mundo, en el contexto de las grandes migraciones de los últimos siglos (en particular la europea, a partir de la mitad del siglo XVII y de los primeros decenios del siglo XIX, y la asiática, sobre todo china, en los siglos XIX y XX).

En esta fase África forma parte integrante de aquel sector de la economía mundial europea que es el tráfico trian-

gular, con sus vértices en Europa, África y América y que constituye un elemento importante en la revolución industrial.

Esta inclusión de África en la economía mundial europea se completa en el siglo XVIII con la ocupación colonial directa, después de la abolición de la trata de esclavos. Y esta es una nueva fase de las relaciones entre África y el resto del mundo, que finaliza con la descolonización de aquí puede partir el análisis de la fase actual y del papel de África en la presente economía mundial.

Bibliografía

- ABU-LUGHOD, Janet L.: *Before European Hegemony: The World System A.D. 1250-1350*, New York, Oxford University Press, 1989.
- ANTA DIOP, Cheik (dir.): *Nations nègres et culture. De l'antiquité nègre égyptienne aux problèmes culturels de l'Afrique Noire d'aujourd'hui*, Paris, Présence africaine, 1979.
- BERNAL, Martin: *Black Athena. The Afroasiatic Root of Classical Civilisation*, New Brunswick, New Jersey, Rutgers University Press, 1987.
- BOWMAN, A. K.: *L'Egitto dopo i faraoni: da Alessandro Magno alla conquista araba*, Firenze, Giunti, 1988.
- CAVALLI-SFORZA, Luigi Luca; PAOLO MENOZZI y ALBERTO PIAZZA: *Storia e geografia dei geni umani*, Milano, Adelphi, 1997 (1ª ed. Princeton 1994).
- CURTIN, Philip: *Mercanti. Commercio e cultura dall'antichità al XIX secolo*, Roma-Bari. Laterza, 1988 (ed. or. *Cross Cultural Trade in World History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984).
- FAUVELLE-AYMAR, François-Xavier; Jean-Pierre CHRÉTIEN y Claude-Hélène PERROT (dirs.): *Afrocentrismes. L'histoire des africains entre Egypte et Amérique*, sous la direction Paris, Karthala, 2000.
- FERRO, Marc (dir.): *Le livre noir du colonialisme*, Paris, Laffont, 2003.
- KOHL, Philip L.: *Central Asia Paleolithic Beginnings to the Iron Age – L'Asie centrale des origines à l'âge du fer*, Paris, Éditions Recherches sur les Civilisations, 1984.
- KRAMER, Samuel Noah: *History begins at Sumer*, Garden City, N.Y., Doubleday, 1959 (trad. fr. *L'histoire commence à Sumer*, Paris, Arthaud, 1975).
- LAINÉ, Agnès: "Eve africaine" en ANTA DIOP, Cheik: *Nations nègres et culture. De l'antiquité nègre égyptienne aux problèmes culturels de l'Afrique Noire d'aujourd'hui*, Paris, Présence africaine, 1979.
- LEFKOWITZ, Mary: *Not out of Africa: How Afrocentrism Became an Excuse to Teach Myth as History*, New York, Basic Books, 1997, pp. 26-43.
- LEFKOWITZ, Mary: *Le monde antique vu par les afrocentristes*, en FAUVELLE-AYMAR, François-Xavier; Jean-Pierre CHRÉTIEN

- y Claude-Hélène PERROT (dirs.): *Afrocentrismes...*, op.cit.
- LE ROI GOURHAN, André: *Il gesto e la parola*, Torino, Einaudi, 1977.
- OBENGA, Théophile: *Ancient Egypt & Black Africa*, London, Karnak House, 1992.
- VAN SERTIMA, Ivan: *The Came Before Columbus. The African Presence in Ancient America*, Random House, 1976.
- VILLASANTE CERVELLO, Mariella: *La Négritude: une forme de racisme héritée de la colonisation Française?*, en *Le livre noir du colonialisme*, dirigido por M. Ferro, Paris, Laffont, 2003, pp. 726-761.
- WALLERSTEIN, Immanuel: *La scienza sociale: come sbarazzarsene*, Milano, il Saggiatore, 1995.

(La traducción, desde el italiano, ha sido realizada por Ignacio Norniella y Pierlibero Brusa)